

El carácter consciente de ciertos fenómenos biológicos depende de sus relaciones con la personalidad individual (la excitación sólo es sensación relativamente a la experiencia anterior y forma parte de la experiencia consecutiva); es una cualidad subordinada a particulares condiciones de la actividad cerebral, que se producen de acuerdo con las leyes más generales que rigen toda la realidad sometida a nuestra experiencia.

En la evolución filogenética y ontogenética, la actividad consciente es útil para las nuevas reacciones adaptativas de los seres vivos a las incesantes variaciones de su medio, implicando un perfeccionamiento de la función «biofiláctica» o protectora del organismo.

La «personalidad consciente» es una adquisición progresiva en el curso de la experiencia individual. La continuidad de la experiencia determina la unidad funcional de la personalidad, que es incesantemente variable como la experiencia misma.

Cap. VIII.—La formación natural de la función de pensar.

- I. La sinergia de las funciones psíquicas en la elaboración del conocimiento.—II. La evolución de la lógica y sus crisis fundamentales: la lógica biológica.—III. Formación de los procesos intelectuales en el curso de la experiencia.—IV. Los modos reales de pensar: los razonamientos extralógicos.—V. La formación natural de los ideales: el idealismo experimental.—Conclusiones.

I.—LA SINERGIA DE LAS FUNCIONES PSÍQUICAS

Los modos reales de pensar son resultados naturales de la experiencia, adquiridos en el curso de la evolución de las especies; varían en cada sociedad humana; alcanzan un desarrollo distinto en cada individuo. Mediante esta función biológica ciertos seres vivos conocen las condiciones incesantemente variables del medio en que ellos evolucionan. Esa función sirve para proteger la existencia, adaptando los seres que la poseen al medio en que viven; el conocimiento de la realidad es un proceso natural en el curso de la experiencia.

Las operaciones psíquicas que componen esa función son complejas y su resultado es el «pensamiento». Sus manifestaciones características suelen estudiarse como productos especiales de la «inteligencia»; no existen, sin embargo, como proceso autónomo y nunca se observan aisladas de las que suelen considerarse propias del «sentimiento» y de la «voluntad».

Pensar es función de todo el organismo, aunque la elaboración psíquica se opere en tejidos y órganos especializados al efecto al través de la evolución filogenética, partiendo de las propiedades vitales más simples: la sensibilidad y el movimiento. Las operaciones intelectuales superiores se desarrollan progresivamente, como todas las restantes funciones del organismo.

La filosofía cartesiana, que influyó durante mucho tiempo sobre los psicólogos, atribuyó a los procesos intelectuales una significación predominante en la mente humana, llegando a concebir los sentimientos y la voluntad como dos complicaciones nocivas para el recto funcionamiento del alma razonable y pensante. El término «pensamiento» abarcaba toda la actividad psíquica y la «inteligencia» era su más cumplida expresión.

Para muchos psicólogos espiritualistas el «pensamiento» fue siempre el producto de la inteligencia, entendida ésta como una facultad del alma, encargada de compartir con las otras dos, el sentimiento y la voluntad, la tarea de dirigir la conducta del ser humano. Para ellos el «pensamiento» se opone a la «sensación»; mientras ésta se refiere a cualquier modo de conocimiento inmediato, aquél se refiere al conocimiento mediato.

Para los lógicos, en general, el «pensamiento» es la expresión correcta de la operación de razonar, siendo un producto de la inteligencia que tiende a seguir las normas establecidas por la lógica, independientemente de las condiciones orgánicas y psíquicas que condicionan la función de pensar. El «pensamiento» se opone a la «realidad», a la «cosa», designando al sujeto que conoce como lo contrario del objeto conocido. Ello induce a considerar el pensamiento como una expresión de operaciones intelectuales cuyos esquemas normativos y correctos se han determinado imaginativamente, no advirtiendo que los modos reales de pensar, como se observan en todos los seres vivos, y en sus formas más

complicadas en el hombre, son ajenos a las reglas preceptivas del razonamiento lógico.

En fin, para casi todos los psicólogos modernos, el «pensamiento» se subordina a la conciencia, y pensar sería la elaboración consciente de los datos de la experiencia. Pensar, para ellos, es una función de la conciencia; los datos del conocimiento serían datos de la conciencia. Nosotros negamos que las funciones psíquicas sean siempre estados de conciencia; los conocimientos dados por éstos son una mínima parte de las complejas funciones psíquicas adquiridas en el curso de la evolución biológica, cuyas elaboraciones más complejas componen toda la función de pensar.

Dificultades encontradas durante la enseñanza de la psicología experimental nos han conducido a estudiar genéticamente el desarrollo de los modos reales de pensar, en los seres vivos y especialmente en el hombre.

Cada vez que hemos estudiado el desenvolvimiento genético de los procesos intelectuales superiores, hemos chocado con un trabajo, en cierto modo, contradictorio.

Dos condiciones generales los favorecen: la atención y la curiosidad. Dos los dificultan: la distracción y el aburrimiento. Hemos estudiado sus elementos analíticos: sensaciones e imágenes, y los procesos elementales de reproducción, asociación e imaginación. Hemos abordado luego la abstracción y la generalización como procesos generales del análisis y la síntesis, para entrar al estudio del juicio y la creencia, de la certidumbre y la duda, concluyendo por estudiar el mecanismo psicológico del razonamiento inductivo y deductivo, hasta tratar los modos globales de pensar en los espíritus analistas y sintetizadores (1). Nos hemos ceñido, como es fácil notar, a las mejores normas de clasificación y método indicadas por los tratadistas menos incoherentes,

(1) Ingenieros: *Programa de Psicología Experimental*.

aunque imprimiendo al conjunto y a las partes un sello original fácil de percibir.

Sin embargo, terminada la exposición descriptiva y analítica de las operaciones psíquicas que constituyen los procesos intelectuales, hemos tenido siempre esta impresión: esa parte de la psicología—tal como la estudian los tratadistas, sin excepción casi—es una construcción artificiosa y falsa, ajena a la formación natural de la experiencia. Es una *psicología de las operaciones lógicas* y no una *psicología de los modos reales de pensar*; es una fantasía racionalista que no corresponde en manera alguna a la realidad.

Para obviar esa deficiencia hemos incorporado a nuestro programa al estudio de las relaciones entre la psicología y la lógica, a fin de enunciar esta creencia: *los procesos reales que el hombre usa habitualmente para pensar no corresponden en manera alguna a los procesos del razonamiento lógico.*

Deseando coordinar y sintetizar esa opinión hemos intentado, durante varios años, resolver esas contradicciones: huelga decir que tuvimos ocasión y tiempo de compulsar casi todas las informaciones bibliográficas que pudieran proyectar alguna luz sobre la cuestión. Nuestra conclusión fundamental es ésta: frente a la lógica clásica y a la psicología racionalista, el hombre, por sus modos reales de pensar, es un animal ilógico. O si se quiere invertir el enunciado: el razonamiento lógico no es el modo de pensar habitual del hombre.

Si tuviéramos que hablar en lenguaje intelectualista o racionalista—que no es el correspondiente a nuestro sistema—diríamos: *el hombre es un sér ilógico e irracional.*

El intelectualismo racionalista no corresponde a la función real de pensar: la «inteligencia pura» no existe en el hombre ni en ninguno de los otros animales que piensan. La psicología analítica (que describe los ele-

mentos de los procesos intelectuales) y la lógica clásica (que es la disciplina normativa de su funcionamiento correcto) se fundan sobre un hecho inexacto: la posibilidad de que en la vida psíquica pueda existir el pensamiento como una expresión de la inteligencia pura. «La descomposición del proceso psíquico en «inteligencia», «sentimiento» y «voluntad», de manera que justifique la necesidad para la lógica de ocuparse solamente de la primera, con exclusión de las otras dos, aparece como un expediente irrecusable del psicólogo aficionado, pues esa descomposición sólo es fundada en cuanto responde sumariamente a las necesidades de una psicología popular, siendo, en suma, una supervivencia de la vieja psicología de las «facultades». Desde el punto de vista científico, su valor descriptivo y explicativo es nulo. Hoy nadie admite seriamente que un «alma» pueda ser separada en «pensamiento», en «voluntad» y en «sentimiento», ni que ese análisis representa su verdadera génesis, pues en el conocimiento real encontramos siempre su colaboración común» (1).

La hipótesis de una «inteligencia racional» ha enmarañado desde antiguo los estudios psicológicos y ha rematado en un «logicismo» dogmático, al cual se opone hoy un «psicologismo» puramente fundado en la experiencia.

En el período más brillante de la filosofía griega apareció la doctrina de las tres «almas»; fue netamente expuesta por Platón e Hipócrates, aunque ya había sido enunciada o entrevista por Filolaos y los otros pitagóricos, y por el mismo Demócrito. La primera de las tres, según Platón, era el «alma pensante», localizada en el interior de la cabeza, en la masa encefálica; sólo ésta poseía el privilegio divino de la inmortalidad. La segunda era el «alma afectiva», localizada en el pecho o

(1) Schiller: *Études sur l'humanisme*, pág. 128.

en el corazón, cerca de la cabeza «con el objeto de obedecer más prontamente a los dictados de la razón y poner un freno al desencadenamiento de los deseos»; esta alma pectoral o cardíaca era de sexo masculino. La tercera era el «alma sensitiva», localizada en el abdomen o en el hígado, incumbiéndole la dirección de los instintos y los deseos; era de sexo femenino. En opinión de algunos, Platón no daba a esta teoría un valor realmente científico, sino una significación alegórica y filosófica (1). Aristóteles recogió la teoría, que fue más tarde aceptada y consagrada por Galeno.

En la confusa interpretación de los filósofos y los médicos antiguos la teoría platónica adquirió una expresión cada vez más psicológica. Las primitivas tres almas encargadas de las funciones del cuerpo se convirtieron en tres facultades, poderes o funciones de una sola alma: la inteligencia (constituída por las representaciones), el sentimiento (por las emociones y afectos) y la voluntad (por las voliciones y los actos). Esa triple repartición de las funciones del alma fue introducida en el siglo XVII por la escuela de Wolff y más tarde consolidada por la autoridad de Kant. Desde entonces la encontramos aceptada en los tratados de psicología y filosofía. La consecuencia natural de esa doctrina ha sido la disputa sobre la preeminencia de alguna facultad en la vida psíquica; para los intelectualistas sería la inteligencia (Herbart, Froschammer, Fouillée), para los afectivistas sería el sentimiento (Horwies, Ribot), para los volicionistas sería la voluntad (Schopenhauer, Nietzsche).

La hegemonía de la «inteligencia racional» había alcanzado su apogeo con Descartes. En su discurso sobre el método reaparece el exceso de confianza en la «razón»

(1) Jules Soury: *Le Système Nerveux Central*, París, 1889. Gomperz: *Les penseurs de la Grèce*, vol. II, 1908.

que fue el vicio de la antigua escolástica, edificando una nueva sobre las ruinas de aquélla; después de dudar sistemáticamente de todo, entreabriendo las puertas a la observación y a la experiencia, acaba por creer (en psicología) todo lo que ambas no confirman, incurriendo en conjeturas tan absurdas como las del propio Aristóteles. Fácil es comprender que el racionalismo debió cuadrar admirablemente en la filosofía de los ecléticos franceses; la razón, después de ser una diosa para los demagogos del 89, se convirtió en la facultad esencial del alma humana, principalmente por obra de Cousin.

La crítica del racionalismo está ya concluída; no la repetiremos (1).

Actualmente se conciben las funciones psíquicas como un proceso biológico esencialmente unitario, en el cual no es posible distinguir la acción de facultades autónomas y originariamente distintas (S. Mill, Spencer, Lewes, Lotze, Ardigó, Horwies, Sergi, Morselli). Solamente por abstracción podemos distinguir analíticamente en las manifestaciones psíquicas superiores tres aspectos funcionales, cualidades y no realidades, como en un cuerpo sólido abstraemos las tres dimensiones. La realidad del fenómeno psíquico es una: «Sentir, Conocer, Pensar, Querer, están siempre unidos en las funciones psíquicas; el que siente representa y por lo tanto conoce, el que conoce asocia y por lo tanto piensa, el que piensa obra y por lo tanto quiere» (2). Si se extrema el análisis hasta las primeras manifestaciones de la actividad psíquica, las representaciones se resuelven en sentir y recordar *cualidades* de las impresiones externas o inter-

(1) Concuerdan en ella casi todas las psicologías contemporáneas, de tendencias más diversas: desde Spencer y Ribot hasta James y Bergson.

(2) Ardigó: «*La formazione naturale e le dinamica della psiche*», (Vol. IX de *Obras filosóficas*, pág. 314).

nas, el sentimiento en sentir su *cantidad* y la voluntad en sentir el *esfuerzo de movimiento* en que cada impresión tiende a transformarse, después de percibida con un tono grato o doloroso. «Sensación y movimiento son, pues, los polos de un arco diastáltico, más o menos complicado, pero siempre idéntico al reflejo nervioso fundamental: la actividad psíquica consciente acompaña el recorrido de la corriente nerviosa en la parte más alta y evolucionada de este arco, y, como escribe Horwics, el esquema más simple de la función nerviosa es también el esquema elemental de la función mental». «El proceso psíquico en el hombre puede considerarse como un arco reflejo cerebral, o *arco senso-córtico-motor*, y sólo por un artificioso análisis científico puede ser descompuesto en las tres facultades de la psicología clásica, correspondientes a las tres fases psico-biológicas de la excitación, la elaboración y la reacción. La innumerable variedad con que se combinan los estados psíquicos conscientes, es la causa de la individualidad psíquica personal; la asociación de las tres fases o aspectos funcionales de la actividad cerebral es la condición que determina la existencia de la función misma de pensar» (1).

En la psicología pueden señalarse dos corrientes. La una (cimentada por el racionalismo y el espiritualismo de varios siglos, consolidada más tarde por los filósofos logicistas como Hume, Condillac, Locke y los Mill) remata en la *psicología analítica*, encaminada a establecer los elementos simples o primarios de los procesos intelectuales, tomándolos como punto de partida para ir construyendo los procesos más complejos del juicio y el razonamiento. La otra (puramente biológica y evolucionista) conduce a nuestra *psicología genética* y estudia el

(1) Morselli: *Manuale di Semeiôtica delle Malattie Mentali*, 1894. (Vol. II, pág. 37).

devenir progresivo de las funciones de pensar en la evolución biológica.

El criterio genético nos muestra que «pensar» es una función sintética de la actividad psíquica, en la que se resumen todas las operaciones que la psicología racionalista separaba como elementos o etapas de los procesos intelectuales, y que en la antigua concepción tripartita del alma eran atribuidos a la «inteligencia».

La sensibilidad permite distinguir las condiciones del medio a que los seres vivos necesitan adaptarse; los movimientos son las reacciones que el ser vivo realiza para obtener la adaptación al medio. Los llamados procesos intelectuales son una compleja elaboración sistemática de los datos de la experiencia, recogidos por la sensibilidad y dirigidos a la coordinación, cada vez más eficaz, de la actividad, para la adaptación al medio.

En la función de pensar se resume, pues, la actividad psíquica, que es un modo particular de las funciones biológicas, evolucionadas progresivamente desde funciones simples hasta los más complejos procesos de la actividad consciente. La energía psíquica es una diferenciación de la energía vital, como ésta lo es de la energía química, que a su vez lo es de la mecánica. La filosofía científica, en concordancia con las ideas de unidad, evolución y determinismo, cimentadas en la experiencia más amplia de todas las ciencias, nos aleja del concepto de un mundo creado para que el hombre lo piense y del concepto de un pensamiento creado para dar existencia al mundo. Así como un teorema geométrico no crea las relaciones entre los datos de la experiencia, sino que se limita a enunciarlos, el «pensamiento» no puede concebirse como una realidad en sí, sino como la denominación global de los resultados de la función de pensar: la expresión de relaciones advertidas por los seres vivos entre los datos de su experiencia. La función de pensar es un resultado de la acción

continua del medio sobre los seres vivos, acción sentida por tantos modos de sensibilidad como son los modos de energía que actúan sobre los organismos; así aparecen en los seres vivos los órganos destinados a elaborar esos modos funcionales de la sensibilidad y a conocer las condiciones del medio, adaptando a él la vida, mediante reacciones de movimiento, más o menos directas y coordinadas. Gracias a esa elaboración compleja es posible la vida; sin pensar sería imposible vivir.

Función puramente biológica, los seres vivos piensan con todo su organismo, es decir, *adquieren experimentalmente las modificaciones de estructura y de función más favorables para su adaptación al medio en que viven*. La función sintética de pensar es, pues, «biofiláctica», lo mismo que todas las funciones psíquicas. Sencillas en sus comienzos, ellas se complican en la evolución filogenética, especifican tejidos y crean órganos hasta llegar a las especies animales más evolucionadas, donde encontramos un cerebro: dispositivo orgánico destinado a sistematizar las excitaciones que llegan a nuestra experiencia desde el medio que nos rodea, conservándolas, reproduciéndolas, asociándolas, abstrayéndolas, generalizándolas, en ese incesante flujo y reflujo que es propio de todos los procesos vitales.

Así se va formando la función de pensar a través de la evolución biológica. Es imposible comprender que los más altos procesos intelectuales deriven de la simple sensibilidad y motilidad protoplasmáticas, mientras se olvide la serie de eslabones progresivos que relacionan la vida de la ameba con la del hombre, la del salvaje con la del civilizado, la del embrión humano con la del genio más culminante.

¿En qué condiciones los seres vivos conocen la realidad mediante su experiencia?

Todo conocimiento se efectúa a través de lo que llamaremos «coeficiente biológico individual», compuesto por dos formas de experiencia:

1.^a La experiencia de las especies precedentes en la evolución biológica (filogenética) y la experiencia social (sociogenética) de la especie a que el individuo pertenece: es la herencia psicológica, recibida como tendencias congénitas que resultan de la transmisión efectiva o potencial de hábitos adquiridos. El inexacto lenguaje corriente las llama «instintos», pretendiendo que son invariables y representan la antítesis de la «inteligencia».

2.^a La experiencia individual ontogenética, constituida sobre las tendencias heredadas, representa lo que, de un modo general, llamamos educación; los datos de la experiencia son recogidos mediante los diversos órganos diferenciados en la primitiva sensibilidad protoplasmática. Distínguense comúnmente dos procesos. El uno compuesto por datos inmediatos y directos de la experiencia: sentir (1); el otro por datos mediatos e indirectos: razonar.

Los modos de ser de la realidad, pues, son pensados o conocidos por los seres vivos a través de su experiencia propia y de la común a la especie; todo conocimiento es relativo a la herencia y la educación pasada, influyendo a su vez sobre los conocimientos futuros. Esta es una de las nociones más claramente expresadas

(1) Hemos distinguido con claridad inequívoca la «excitación» de la «sensación»; agregamos que toda «sensación», como la definimos, es una «percepción» y es «percibida» o «apercibida» por el yo, que es la «personalidad consciente» formada en el curso de la «experiencia individual». Las discusiones de los psicólogos, aquí como en todo, dependen de la inexactitud o imprecisión de su lenguaje.